

## Presentación

*Alter, altera, alterum*, según el diccionario *Spes*, significa “uno de los dos, el otro [de dos], opuesto, contrario”, y también “segundo”, en el sentido de “un segundo, un nuevo, otro”. Hay, en la raíz etimológica del vocablo *otro* la necesaria referencia al *unus*, frente al cual es posible proyectar un espacio semántico ocupado por su reverso, el complemento sin el cual la unicidad y homogeneidad del uno sería inaprehensible.

El otro se instala entonces, primeramente, como una negatividad: ocupar el lugar del otro es ocupar un lugar excéntrico, fuera del centro, espacio propio del uno. Instalado en el centro, el uno pone delante el mundo como radicalmente otro, hiato que habrá de constituir al uno como sujeto y al otro como objeto.

Y si seguimos ateniéndonos a la etimología, el otro es “uno de dos” lo cual señala una bifurcación, una ruptura, por obra de la cual se entabla con el otro una relación de oposición, de contrariedad: el otro será lo opuesto al uno. Aunque no sólo la oposición es marca de la diferencia, pues también el otro puede formar parte de una serie enumerativa en la cual el *alter* sigue al *unus*, al modo como un segundo sigue a un primero. Podría afirmarse así que el otro se instituye como escisión del uno, de allí su semejanza, de allí su diferencia.

Varias son las acepciones del término *otro*: es complemento, es objeto, es opuesto, es uno más... En cualquier caso, no se confunde con el uno, del cual permanece a distancia: ni siquiera la imagen especular podría ser pensada como un calco del uno,

puesto que entre lo reflejante y lo reflejado, entre un primero y un segundo, siempre se interpondrá un tercero, una superficie azogada o, en términos generales, un lenguaje que transforma más que reproducir, altera —vuelve *otro*— más que copiar.

La conocida metáfora del espejo es precisamente el punto de partida de las reflexiones de Eric Landowski contenidas en el artículo que abre este volumen: “Sabor del otro”. La figura de la transparencia que hace pensar en el otro como una imagen de sí y que ha fundado una larga tradición en la concepción de la subjetividad como conciencia de sí, es puesta en cuestión por el autor para descubrir en su formulación una doble instrumentalización: del otro, en tanto lugar vacío y depositario del reflejo de uno; y del espejo mismo, en tanto queda desprovisto de sus propiedades de difracción y aparece sólo como una transparencia. El otro, en cambio, se perfila aquí no como lugar vacío, pura forma reflexiva del yo, sino como una *presencia* plena que convoca al yo en su más profunda alteridad: toda una semiótica de la presencia se esboza en estas páginas para abordar el encuentro constitutivo del yo y el otro.

Las reflexiones sobre la alteridad se han llevado a cabo en diversos ámbitos disciplinarios: la filosofía, la sociología, la antropología. A estos desarrollos no es ajeno el psicoanálisis: el estudio de Alberto Sladogna se centra precisamente en “El lugar del otro en el psicoanálisis”. El recorrido por los textos epistolares de Freud, le permite al autor confirmar una evidencia poco atendida: “el otro es algo que cuenta para el psicoanálisis”. Las escasas observaciones de Freud acerca del otro, al igual que todo el edificio de sus *escritos metapsicológicos*, fueron sometidos a una mirada que, sabemos, leyó en clave lingüística esa obra. Tal fue la tarea de Lacan. En sus primeras formulaciones del otro reaparece la metáfora del espejo, pero ahora bajo otro signo: el espejo devuelve al sujeto la imagen unificada de su yo fragmentado. A partir de aquí, el artículo recorre con minuciosidad las diversas elaboraciones de Lacan acerca del otro, señala sus ambigüedades, explicita las referencias filosóficas e inscri-

be el término en la historia de un pensamiento cuya filigrana puede seguirse a través de los distintos registros de la subjetividad: imaginario, simbólico y real.

La relación entre el yo y el otro aparece como tema central en una novela de Clarice Lispector *La pasión según GH*, la cual es tomada como punto de partida por Juan Antonio Montiel para reflexionar sobre el vínculo entre el yo-otro con lo inefable, en el artículo “Lenguaje y pasión según CL”. La imagen de un acto aparentemente insignificante como es arrojar un cigarro al vacío, es propuesta por el autor como una prefiguración de los grandes temas abordados en la novela: el yo y el otro, la prohibición, la caída, lo inefable van eslabonándose en esta esclarecedora lectura realizada a la luz de Benveniste, Heidegger, Deleuze y Guattari y Blanchot.

La construcción de la subjetividad es fundamentalmente tarea del lenguaje y, en su ámbito, el nombre es la categoría representativa de la deseada unicidad del sujeto. Pero los nombres pueden metamorfosearse y fundar sospechas sobre la pretendida función designativa del lenguaje: el trabajo de Elena Bossi “Los nombres del otro”, recoge “los diversos trucos a los que se somete el nombre propio”, a través de operaciones como el seudónimo, el heterónimo, la inclusión del nombre del autor en su obra y otros juegos de identidad. Tales operaciones muestran, a través del análisis que aquí se realiza, su carácter erótico: los diversos juegos entre mostrar y ocultar, distanciar y acercar, multiplicar la mirada, alterar el lugar de la enunciación, son vistos como intentos de control del objeto de deseo. Estos diversos desplazamientos del yo, y emplazamientos en otros, evidencian también la separación constitutiva del sujeto en el acto de decir.

El lenguaje es asimismo el territorio de la otredad: en el sentido de constituir un mundo valorado y poblado por otros, que precede al yo, y también en la medida en que el lenguaje de la cultura establece la frontera entre lo propio y lo ajeno haciendo que toda forma de traspaso de ese borde pueda ser vista como un acto de traducción. La transposición de una lengua natural a

otra no es más que un caso particular del fenómeno de la traducción total: en este aspecto se centra Tatiana Bubnova en su trabajo "Palabra propia, palabra ajena". Los textos de Bajtín ilustran su propia filosofía: las cuestiones de autoría y la responsabilidad de la palabra, la *novelización* del nombre de autor, la refracción del discurso ajeno en el propio, el dialogismo y la ironía, son no sólo objeto de la reflexión de Bajtín sino el modo mismo de exponer su pensamiento.

Nombrar es la forma típica de la descripción, y las situaciones inaugurales se prestan para la reflexión sobre los significados de la denominación. Tal es el caso de los textos coloniales, que son objeto de estudio en el trabajo de Elena Altuna, "Contra toda mudanza: descripción y memoria de 'lo notable' en textos coloniales del siglo XVI". Mediante el análisis de textos emparentados con los cuestionarios generados por el Consejo de Indias para recabar información sobre las nuevas tierras, la autora se detiene en un conjunto de objetos (el modo de labrar las cuentas, el caimán, los rastros de gigantes, el sistema de riego, el modo de sembrar) a los cuales se les atribuye la predicación de "notables", para dar cuenta de la paulatina consolidación de un modelo descriptivo, fundado en la organización del mundo natural y moral europeo, que se apropia de lo otro reduciendo lo extraño a lo propio y superponiendo un nuevo origen (entonces, otro destino, otra historia) a las comunidades amerindias sometidas al poder colonial.

A lo largo de estos diversos acercamientos, podrá observarse que el otro ocupa un lugar variable en una gradación en distintos dominios que va del semejante al opuesto, del individualizado al genérico, del *alguien* a la *cosa*, del diálogo a la polémica. Pero en todos los casos asistimos al reconocimiento de la ineludible presencia del otro en tanto parte constituyente de la mismidad del *unus*.